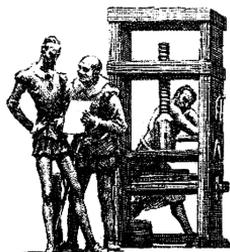


Laura Caruso

## Embarcados

Los trabajadores marítimos y la vida a bordo:  
sindicato, empresas y Estado en el puerto de  
Buenos Aires, 1889-1921





COLECCIÓN ARCHIVOS  
ESTUDIOS DE HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO Y LA IZQUIERDA  
Dirigida por Hernán Camarero

Laura Caruso

Embarcados. Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicato, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921. 1a ed. Buenos Aires: 2016.

320 p.; 15x22 cm.

ISBN 978-950-793-231-1

1. Movimiento Obrero I. Título.

CDD 331.8

Fecha de catalogación: 23/03/2016

©2016, Laura Caruso

©2016, Ediciones Imago Mundi

Foto de tapa: AGN B.110.073, inventario 140.054, año 1909

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina, tirada de esta edición: 700 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de abril de 2016 en Gráfica San Martín, Güiraldes 2723, San Martín, provincia de Buenos Aires, República Argentina. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

# Índice general

Prólogo. <i>Juan Suriano</i> . . . . .	IX
Agradecimientos . . . . .	XVII
Introducción. Entre guinches y escotillas . . . . .	XIX
1 A bordo: el mundo del trabajo marítimo . . . . .	1
2 En busca del armador perdido: las empresas marítimas argentinas . . . . .	47
3 Sube la marea: organización sindical y protesta marítima, 1889-1910. . . . .	89
4 La conquista de los barcos: el control sindical del trabajo a bordo . . . . .	133
5 ¿Confluencias? La FOM y el Estado nacional . . . . .	185
Consideraciones finales . . . . .	247
Referencias bibliográficas . . . . .	261



# Prólogo

Juan Suriano

.....

La historia de los trabajadores ha recorrido ya una larga trayectoria desde que en los albores del siglo pasado irrumpieran los historiadores militantes reclamando un lugar para las luchas obreras y sus protagonistas en la memoria colectiva. Fue así que en la mayoría de países en donde existía un mayor o menor grado de desarrollo de la clase obrera emergieron un multitud de historiadores autodidactas que narraron, a partir de la tendencia ideológica a la que pertenecían, historias en donde se cruzaban los reclamos de los trabajadores, sus movilizaciones, su organización, sus adhesiones partidarias, o la denuncia de la represión a la que eran sometidos sistemáticamente por las autoridades. En suma, se trataba de una suerte de historia autocentrada en torno al sujeto trabajador o, mejor, a la organización obrera sin pretensiones de disputar ningún espacio en el ámbito académico porque no era ese su objetivo. Si las academias ignoraban a los trabajadores o al movimiento obrero como objeto de estudio, sus cronistas hacían lo mismo con aquellas puesto que no figuraba en su horizonte la «historia oficial».

Fue al promediar el siglo xx, en el contexto de la segunda posguerra, cuando la historia obrera comenzó a irrumpir, así sea limitadamente y solo en algunos lugares, en los ámbitos académicos y a reclamar un lugar en la historia con mayúscula. Ciertamente los impulsores de este proceso eran historiadores que sentían empatía con los trabajadores y estaban, en mayor o menor medida, comprometidos con las ideologías de izquierda y con la idea rectora del marxismo de que la clase obrera era el sujeto de la historia así como el conflicto de clases el motor de las transformaciones sociales y, porque no, el cambio revolucionario. La base de esta convicción se sustentaba en la afirmación de que la relación social central del capitalismo se determinaba por el salario y entonces era la clase obrera asalariada la agencia determinante del cambio social que con su organización y movilización pondría en crisis el sistema político.

Se trataba ahora, en el marco del despegue y desarrollo de la historia social y la «historia desde abajo» a partir de fines de la década del cincuenta, de jerarquizar la historia de los trabajadores y competir frontalmente con una historia política que seguía privilegiando el estudio de los hombres del poder. El nuevo enfoque pretendía, en definitiva, otorgarle voz y visibilidad a quienes no lo habían tenido hasta entonces. Si hasta aquí eran los grandes hombres quienes habían marcado el rumbo de la historia, ahora se imponía rescatar a ese sujeto colectivo sin rostro identificable denominado genéricamente «clase obrera», «trabajadores», «clases subalternas» o «clases trabajadoras» de acuerdo a las diversas concepciones teóricas adoptadas. En los años sesenta y setenta en el marco de un contexto internacional favorable a las ideas de cambio y transformación social los intensos debates en torno a la adhesión hacia estos conceptos ocuparon un lugar central al interior de la historia social que, a la vez, se había convertido casi en un paradigma dominante de la historia, pues se ocupaba de estudiar (e impulsar) el cambio social y no desdeñaba además el compromiso político en contraposición con el aislamiento en «torres de cristal» y el arcaísmo de los ámbitos académicos e intelectuales tradicionales. Esto era así, como sostiene Geoff Eley porque los impulsos principales de esta historia obrera, particularmente en los historiadores marxistas británicos, «venía de la política, de un poderoso sentido de la pedagogía de la historia y de una identificación más general con los valores democráticos y la historia popular» (Eley 2008, pág. 60).

Por cierto esos debates enriquecieron y complejizaron los estudios sobre los trabajadores y de esta forma impidieron el anquilosamiento y cierta comodidad que imponía estar en la cresta de la ola. Esto fue así en primer lugar porque en estos años se rompió la tradicional tendencia de la historia a la compartimentación, y si la relación con la economía y la geografía estableció la primera conexión con el exterior, se inició luego un fecundo diálogo con otras disciplinas como, la psicología social, la filosofía y, particularmente, la antropología social que a la larga daría lugar a la creación del nuevo campo interdisciplinario de los estudios culturales. Por otro lado, se abrieron caminos de indagación y análisis antes impensables e inspirados en las lecturas del «primer» Marx, o de la producción de la escuela de Fráncfort o de la recuperación de los escritos de Antonio Gramsci, entre otras relecturas. Así, se reinterpretaron muchas de las concepciones tradicionales del marxismo más estructuralista, especialmente se cuestionó la idea del predominio de lo material para comenzar a dar un lugar de importancia sustancial a los diversos aspectos vinculados a la subjetividad. Pero, no era solo un problema de poner a lo material en un segundo plano en las nuevas interpretaciones; se trataba ahora de privilegiar al sujeto trabajador y sus vivencias por sobre el protagonismo del movimiento obrero, hecho que lógicamente condujo a una ampliación de los temas de interés como el descentramiento del ámbito del trabajo y el hogar, la influencia de los medios masivos de comunicación,

el rol de la mujer, la familia y la vida cotidiana o la propia relación con la política. Estos cambios en los centros de interés se vincularon con la incorporación de herramientas analíticas de una mayor sofisticación teórica y metodológica y permitieron la irrupción de los problemas derivados de las teorías de género, el giro lingüístico o la historia cultural.

El pionero de estas preocupaciones interpretativas fue, sin duda, Raymond Williams, quien en su crítica al capitalismo propuso el uso ampliado y extendido del concepto de cultura para entender la historia social. Esta cuestión implicaba que la cultura refería no solo a los valores formales de la sociedad y los logros artísticos más elevados sino también a las formas comunes generalizadas de la vida en conjunto y las estructuras de sentimiento asociadas. Su interpretación no abandonaba el marxismo, pero rechazaba algunos aspectos sustentados por los intérpretes oficiales del pensamiento de Marx como las pautas economicistas y el determinismo material que separaban y abstraían economía y cultura. De esta forma y rechazando de plano la metáfora arquitectónica de base y super estructura, elaboró el concepto de «materialismo cultural» en el que cultura no se desgaja de la vida material y forma parte integral de las relaciones sociales y las prácticas materiales (véase Williams 2001, 2003).

Si Williams había abierto el camino al cuestionamiento del determinismo marxista, los análisis sobre el lenguaje y el consecuente «giro lingüístico», los estudios de la subjetividad o las teorías feministas estaban marcando en los años ochenta y noventa la crisis del paradigma materialista y con ello también el de los estudios sobre la clase obrera y su lugar en la historia tal como se había hecho hasta aquí. Si los historiadores de la vida cotidiana invitaban ahora a focalizar el estudio en el «interior de las estructuras», los estudios feministas planteaban con una lógica irreductible que las mujeres no podían ser subsumidas en los términos analíticos que proporcionaba el concepto de clase. Pero no eran estas las únicas dificultades que afrontaban los análisis centrados en este concepto pues otras diferencias como raza, etnia, sexualidad, generación, región o espacio complejizaban aún más la cuestión

Por supuesto todos estos debates y movimientos no hacían otra cosa que marcar la crisis de la historia social y consecuentemente de la historia obrera tal como se la había practicado entre las décadas del sesenta y ochenta. Crisis abonada por los grandes cambios políticos y económicos orientados por el neoliberalismo que afectaron y transformaron profundamente las estructuras sociales, achicaron a las clases trabajadoras y debilitaron notablemente sus estructuras sindicales y sus repertorios de confrontación tradicionales, más allá de cierta recuperación en los últimos años.

Esta introducción es una obvia simplificación que expresa una tendencia general de la historia obrera sin vincularla a producciones nacionales en particular y sin pretender generalizar ese movimiento de ideas a ninguna de

ellas, pero de una u otra manera en todas, y de acuerdo a las peculiaridades locales, aparecieron o influyeron algunos de los aspectos señalados. Ciertamente, la historiografía obrera argentina no ha escapado a algunos de estos fenómenos como la crisis de los años noventa, pero también ha estado sometida a otros tiempos institucionales como consecuencia de las interrupciones dictatoriales, a otros ritmos de producción y tiempos institucionales, hechos que implicaron una suerte de desfasaje de la producción local con los paradigmas dominantes en Europa o Estados Unidos.

Todo lo anterior es en realidad solo un pretexto para sostener que a pesar de todos estos problemas y los fuertes cuestionamientos sufridos por la historia social, la historia obrera sigue viva y, paradójicamente, de alguna manera gracias a esa multiplicidad de problematizaciones y debates hoy existe la posibilidad de pensarla desde perspectivas más amplias y renovadoras que permiten abordar las experiencias de los trabajadores desde costados antes ignorados.

Precisamente esto es lo que me sugiere la lectura del libro de Laura Caruso. Se trata de una investigación basada en una perspectiva de análisis amplia sustentada en variadas inspiraciones conceptuales y en planteos novedosos sobre el mundo de los trabajadores, combinados con aquellas concepciones historiográficas más tradicionales que conviene no olvidar, como por ejemplo las formas de organización gremial. El texto es el resultado de su tesis doctoral y el tema central se resume bien en el título: *Embarcados. Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicato, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921*. Es importante recalcar que, en principio, el abordaje de este tema viene a cubrir un vacío importante en la historiografía obrera argentina como es el estudio y análisis de uno de los sectores más relevantes del mundo del trabajo argentino de la primera mitad del siglo xx. En efecto, en las primeras décadas del siglo xx el trabajo marítimo, junto al ferroviario, constituía una de las áreas más importantes y, a la vez, sensibles de la economía argentina ya que unos y otros eran responsables del transporte de los productos básicos de las exportaciones agrícola ganaderas así como de las importaciones, factores indispensables para el funcionamiento de la estructura productiva. Este solo dato da cuenta de la importancia y la magnitud que adquirirían las empresas de transporte y sus trabajadores; si aquellas ocupaban un lugar de excepción en el ámbito de las decisiones de mundo empresarial, algo similar ocurría con la Federación Obrera Marítima que llegó a adquirir una posición dominante en el interior del movimiento obrero organizado. Ambos actores, empresas y sindicatos, llegaron a adquirir una notable capacidad de presión sobre las diversas administraciones que se sucedieron en este período. Cualquier conflicto en estos sectores, sea a través de las huelgas obreras o de los *lockout* patronales, generaba profundos inconvenientes en la economía en su conjunto así como también producía inevitables problemas políticos a los gobiernos de turno que, como

demuestra bien este libro, resolverían los conflictos de manera diferente de acuerdo a sus concepciones doctrinales y políticas sobre las formas de encarar y solucionar la cuestión social.

La autora, en lugar de centrar su atención exclusivamente en las organizaciones gremiales y las luchas sindicales como ocurre a menudo en la historiografía obrera, realiza un estudio pormenorizado, completo e integral de todos los integrantes de este complejo mundo. Sin duda se trata de la historia de los trabajadores marítimos, ellos conforman el sujeto de análisis. Pero con gran acierto se pone en diálogo a estos trabajadores y sus organizaciones representativas tanto con las empresas como con el Estado y sus instituciones y, a la vez, a todos estos con los otros componentes sociales que conforman el amplio mundo del trabajo del puerto porteño. Poner en diálogo a los diversos actores de esta historia no implica simplemente describirlos como meros representantes de sus intereses de clase sino, por un lado, tratar de comprender las lógicas diferentes con que se desempeñaban cada uno de los actores involucrados (esto es, como se percibían a sí mismos y como lo hacían con sus contendientes, cuáles eran sus convicciones o contradicciones). Por otro lado, se analiza la compleja dinámica (los puntos de contacto y fricción) de esa relación dual que tiene en cada uno de sus polos a los trabajadores navales y a los empresarios marítimos. Como sostuvo pertinentemente Edward P. Thompson «no podemos tener dos clases distintas, cada una con una existencia independiente, y luego ponerlas en relación la una con la otra. No podemos tener amor sin amantes ni...» (Thompson 2012, pág. XIII), transponemos en nuestro caso, trabajadores marítimos sin empresarios y armadores como los Mihanovich, Dodero y otros para afirmar que no se puede comprender el conflicto de clases sin analizar la compleja dinámica de la relación entre obreros y empresarios. Pero para comprenderlos es necesario estudiarlos y a lo largo del texto la autora interpreta bien la metáfora thompsoniana señalando que resulta imposible conocer a uno si no se conoce al otro y, consecuentemente, analizará aquí minuciosamente a ambos actores. Es por eso que uno de los capítulos está dedicado íntegramente al análisis de las empresas marítimas locales, especialmente la compañía Mihanovich, su funcionamiento, sus estrategias frente a los trabajadores o la formación de las redes empresariales que confluyeron en la creación de centros patronales con una indudable capacidad de presión sobre el poder político.

Otra dimensión interesante en esta zona del análisis de la relación obrero patronal es la percepción correcta de las transformaciones políticas y sociales producidas en las distintas coyunturas abarcadas en este estudio. Esto es, los cambios de las formas en que esa relación dual se irá trastocando con el correr del período estudiado a partir del proceso de organización obrera y patronal y, fundamentalmente, de la aparición y desarrollo de la preocupación estatal por evitar o resolver los conflictos en un área clave de

la economía nacional como es el transporte marítimo. De alguna manera, las instituciones y los funcionarios estatales pretendieron y lograron que esa relación dual se transformara en triangular a partir de ubicarse en una instancia de mediación entre los sectores contendientes. Esto queda claramente expresado durante la primera presidencia del radical Hipólito Yrigoyen no sólo por su novedoso rol arbitral en los conflictos entre trabajadores y empresarios, sino también por el papel desempeñado por el Departamento Nacional del Trabajo, que se convirtió en este caso en una activa agencia estatal mediadora a partir de su conocimiento acumulado sobre el mundo del trabajo que le otorgaba un indudable *expertise* sobre la actividad marítima.

Por supuesto, insisto, la estrategia organizativa del libro se centra en los trabajadores, el principal objeto de investigación y análisis de esta historia y la autora dedicará lógicamente más de la mitad del texto a estos fines. Y, en sintonía con lo expresado en el párrafo anterior, en ese análisis no es un mérito menor el manejo del tiempo histórico en el cual se desarrolla este relato. Se perciben bien los cambios y transformaciones que a lo largo de tres décadas se produjeron en la acción y la conducta de los trabajadores. Nuevamente cabe una observación de Thompson seguida aquí: «si observamos a esos hombres a lo largo de un período suficiente de cambio social, observamos pautas en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones. La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia...» (Thompson 2012, pág. XV). Para explicar cómo estos hombres construían su propia historia se reconstruyen minuciosamente los ámbitos en los que los trabajadores compartían no sólo sus experiencias de explotación en el lugar de trabajo, sino también sus experiencias relacionales, tanto aquellas vinculadas al trabajo específico a bordo de las embarcaciones como aquellas vinculadas a la vida cotidiana fuera del ámbito laboral.

En este punto me interesa destacar en primer lugar la importancia del bien documentado análisis relativo a los procesos de trabajo (formas, ritmos de producción y cualidades de las labores a desarrollar) que involucraban las diversas tareas del trabajo marítimo (la carga y descarga de mercaderías, la reparación de las embarcaciones y las labores específicas de la navegación). Por supuesto, estos procesos además de explicar cómo se efectúa la tarea y cuáles son los grados de especialización laboral, se vinculan directamente al monto del salario percibido y a las condiciones laborales existentes en los lugares de trabajo (higiene, alimentación, trato de los patrones, tiempos de descanso, ritmos de trabajo). Fueron precisamente las experiencias comunes en torno a estas cuestiones las que desde sus primeros reclamos llevaron a los trabajadores a construir a desarrollar un robusto proceso de organización sindical que culminaría en la creación de la Federación Obrera Marítima. Es un dato paradójico que uno de los gremios más fuertes tuviera una fuerte fragmentación laboral, así como una estricta organización jerárquica y disciplinaria en todas las secciones del trabajo a bordo de los buques y va-

pores y no obstante alcanzara niveles de solidaridad interna excepcionales. La autora atribuye este fenómeno tanto a la capacidad organizativa, como a la potencia del discurso de los militantes sindicalistas revolucionarios en la defensa de los intereses obreros en general, pero de los trabajadores navales en particular.

Pero, por otro lado, los importantes logros alcanzados por el gremio naval no se debieron solamente a la capacidad de los dirigentes sindicales para organizar a los trabajadores sino también a su astucia y habilidad para manejar la relación con los empresarios y el Estado. No fue este un dato menor. Conscientes del lugar ocupado por el trabajo naval en la estructura económica nacional, supieron elegir los momentos adecuados para la realización de sus reclamos y las huelgas cuando fueran necesarias. La conjunción del lugar central del trabajo marítimo, la conciencia de clase de sus trabajadores, la fortaleza de la conducción sindicalista, así como su pragmatismo a la hora de negociar condujeron al gremio a un lugar que ningún otro colectivo obrero había logrado en la Argentina como es el control del trabajo a bordo, esto es, la potestad del sindicato para contratar a los trabajadores. Sin duda fue este un hecho realmente significativo.

Claro que la autora plantea de manera pertinente que la obtención de este logro no se plasmó sólo por la capacidad de lucha, habilidad y fortaleza sindical, sino también por la contribución de los avatares de la coyuntura de posguerra, particularmente el rol cumplido por el gobierno de Yrigoyen, quien además de diferenciarse de los gobiernos conservadores en cuanto a sus políticas hacia los trabajadores, llevaba adelante un fuerte enfrentamiento con los empresarios navales, a la vez que una cordial relación con unos dirigentes gremiales predispuestos al diálogo con las instituciones estatales en tanto estas satisficieran las demandas sindicales. En estas circunstancias el gobierno ordenó el retiro de la Prefectura (la autoridad policial portuaria) permitiendo a la Federación Marítima hacerse del control de la circulación portuaria y, como se sostuvo, el control de la contratación laboral, es cierto que por un corto período de tiempo.

Cómo última observación, me gustaría señalar un notable acierto del libro. Si bien el actor principal de esta saga es el trabajador naval a través de sus aspiraciones y sueños, de sus sufrimientos, de sus luchas y también de sus derrotas, un trabajador que pasaba buena parte de su tiempo embarcado, aislado y alejado de su entorno familiar y también de los compañeros de trabajo que trabajaban en otros buques, se introduce el puerto como otro actor fundamental en esta historia. Se trata de un espacio geográfico, social y cultural que físicamente va de La Boca del Riachuelo al Puerto Nuevo en donde se reúnen y dialogan todas las piezas que componen este relato. Allí anclaban los buques, llegaban los trenes desde distintos puntos del país, se concentraban los grandes depósitos (barracas) de mercaderías, los astilleros en donde se reparaban los buques, una infinidad de talleres metalúrgicos y

hasta los grandes frigoríficos. Y era el espacio en el que se concentraban una multitud de trabajadores pertenecientes a diversos oficios y orígenes nacionales porque allí trabajaban y muchos vivían, era el espacio por excelencia en donde socializaban sus experiencias en los ámbitos laborales, familiares, gremiales, políticos y de recreación, constituyendo como sostiene pertinentemente la autora «un espacio denso de experiencia obrera finisecular».

Para concluir, me gustaría volver a apelar a Geoff Eley cuando sostiene que en los últimos años hemos sido bombardeados, con la consigna del «fin de la historia», desde lenguajes neoliberales en defensa de los principios de mercado y demonizadores de las narrativas sociales. Por eso, sostiene, necesitamos impulsar nuevas historias de la sociedad y construir nuevas narrativas con renovado espíritu de insurgencia e irreverencia hacia los paradigmas dominantes (Eley 2008, págs. 294-297). A mi criterio Laura Caruso construye una historia obrera que, de alguna manera, se emparenta con ese espíritu renovador. No es un mérito menor.

# Agradecimientos

«El pasado sigue siendo otro país. Sus fronteras únicamente pueden cruzarlas los viajeros».

---

Hobsbawm (2002)

El extenso viaje que finaliza en este libro fue posible gracias a significativas compañías y numerosos aportes, ambos imprescindibles. A todos ellos me gustaría agradecerles. En su inicio esta investigación fue una tesis doctoral, dirigida por Juan Suriano, a quien agradezco enormemente por todo el camino recorrido. Varios espacios institucionales hicieron posible la investigación: el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), la carrera de Grado y el Doctorado en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y la Maestría en Historia Social del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. La instancia de defensa de la tesis doctoral, el 12 de abril de 2013, sumó valiosas lecturas, comentarios y sugerencias realizados por los miembros del jurado Silvana Palermo, María Celia Bravo y Hernán Camarero, a quienes agradezco especialmente. Un tiempo antes, la defensa de la tesis de maestría en el IDAES, con la evaluación y comentarios de Andrea Andújar, Maricel Bertolo y Mariela Ceva, había ya sumado un valioso aporte a este trabajo

Este libro también resume otras experiencias y fructíferos intercambios con Mirta Lobato, Valeria Pita, Silvia Simonassi y Andrea Andújar, así como también con mis compañeros y colegas del Núcleo de Historia Social y Cultural del Mundo del Trabajo, Cristiana Schettini, Luciana Anapios, María Paula Luciani, Andrés Stagnaro, Viviana Barry, Martín Albornoz, María Marta Aversa, Karina Ramacciotti, entre otros. A mis compañeros de la revista *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*; con quienes llevamos adelante también esta colección y un camino en común: Hernán Camarero, Natalia Casola, Hernán Díaz, Lucas Poy, Diego Ceruso, Cristian Aquino, Paula Varela, Alejandro Belkin, Alicia Rojo, Martín Mangiatini, Gabriela Scodeller, Leandro Molinaro, Ludmila Scheinkman y Antonio Oliva. Trabajar con unos y otros, para mi suerte, es mucho más que eso.

A mis amigos y amigas, que dentro o fuera del campo de la historia, han sido y son parte de este camino y de la vida. A mi familia, mis viejos, hermanos, cuñados, sobrinas y sobrino, una red inconmensurable. A Wen, por la compañía, la alegría y el amor. Y a Simón, por la nueva música.